

# LA EXTRAÑA RETAGUARDIA





Fernando Castillo

# LA EXTRAÑA RETAGUARDIA

Personajes de una ciudad oscura. Madrid 1936-1943

**fórcola**

SIGLO XX

## **Siglo XX**

Director de la colección: Fernando Castillo

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: Madrid, calle Carranza y glorieta de San Bernardo,  
circa 1938

© Fernando Castillo Cáceres, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

Depósito legal: M-10437-2018

ISBN: 978-84-17425-15-9

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

«La gran cualidad del historiador  
es la imaginación.»

LUCIEN FEBVRE

«La única cosa por que siento  
un odio mortal es el olvido.»

*Tres tristes tigres*

GUILLERMO CABRERA INFANTE



Introducción	9
I. Dramatis personae: Hotel Madrid (julio-noviembre 1936)	19
II. Los hechos: Madrid negro (diciembre 1936-enero 1938)	155
III. El desenlace (febrero 1938-marzo 1939)	323
IV. Último acto y telón (abril 1939-1943)	427
Fuentes	481
Bibliografía	485
Siglas	507
Personajes principales	509
Personajes invitados	517
Índice onomástico	527



## INTRODUCCIÓN

Siempre es complicado presentar la propia obra, así que lo mejor es mirarla con cierta distancia, con ojos de crítico, como el que escribe una reseña. Lo primero que se puede decir de este libro es que de nuevo estamos ante una *quest* colectiva, coral, una indagación acerca de una serie de personajes, más entrelazados que relacionados, que vivieron lo esencial de sus vidas en un entorno histórico tan complejo e intenso como la Guerra Civil española. Pero junto al relato de sus vidas en estos años también hay una aproximación a los acontecimientos y a los personajes que determinaron su existencia, algunos de carácter público y muy conocidos. Los protagonistas de esta indagación son personajes de vidas muy diferentes, que vivieron y actuaron sobre todo en Madrid, aunque también algunos estuvieran presentes en Barcelona y Valencia, igualmente capitales republicanas durante el conflicto. Unas ciudades que comparten muchos rasgos con el Madrid de la guerra y que, al ser el escenario de los acontecimientos relatados, adquieren tal presencia que se diría que se convierten en protagonistas de este libro, aunque esta condición la tengan reconocida en la historia de la Guerra Civil. Varios de los personajes de este libro son muy conocidos; otros lo son menos; y algunos incluso son desconocidos, aunque todos ellos tienen en común que sus vidas se cruzan en una ciudad en la que durante tres años convivió lo mejor y lo peor. Un lugar que la guerra transformó tanto o más que a las personas y que, como ellas, nunca volvió a ser el mismo.

El Madrid de la guerra fue una ciudad extraña en la que al principio de la sublevación, en julio de 1936, tuvo lugar una revolución más formal que real, y que no tardó en convertirse en objetivo militar, siendo bombardeada durante más de dos años.

Una ciudad que fue al mismo tiempo frente y retaguardia, pues a unos cientos de metros de las trincheras donde dos ejércitos se enfrentaban existía un mundo diferente en el que la normalidad coexistía con un especial *milieu*, con un ambiente extraño en el que convivían la política, el periodismo, la literatura, el arte, el espionaje y el mundo del hampa de guerra, que aparece con el mercado negro y los negocios oscuros que traen consigo las nuevas necesidades y las nuevas oportunidades. Una combinación de actividades muy especial que años más tarde, en los años negros de la Ocupación alemana en Francia, se puede observar con características y magnitudes propias en el París de los *gestapaches* y de los gánsteres de la colaboración, que tanta repercusión literaria ha tenido. Y es que Madrid tenía varios escenarios muy diferentes: el de las trincheras del Manzanares y de la Ciudad Universitaria; el de los barrios populares del centro, de Cuatro Caminos o Vallecas, objetivo preferente de la aviación y la artillería franquista; y, por último, el que acogía la realidad distinta y ajena de los hoteles y bares de la Gran Vía y del barrio de Salamanca, donde a veces parecía que no había guerra, aunque los bombardeos, las ruinas, las conspiraciones, el hambre y el mercado negro lo desmintieran. Una ciudad que, como cualquier otra en semejantes circunstancias, confirmaba lo acertado de las palabras que Bogdan Wojdowski dedicó pocos años después en su patético libro autobiográfico, *Pan para los muertos*, a la Varsovia de gueto: «donde hay mucho miedo debe haber mucha hambre, y donde hay mucha hambre debe haber negocios sucios».

Ese Madrid de atmósferas a veces dispares y extrañas que apareció con la guerra, y que también existió en ciudades como Barcelona y Valencia, debió ser más evidente de lo que puede parecer, pues a un observador de la categoría de Miguel Hernández, el poeta combatiente que fue comisario político y supo de la vida en el frente, no se le escapó esa realidad. De esa insólita retaguardia escribió en *Al Ataque*, un periódico tan bélico como su nombre, en el número del 16 de enero de 1937, un artículo que Francisco Esteve recoge en su selección de las *Crónicas de la Guerra Civil*, y en el que el poeta de Orihuela describe de manera airada lo que había visto:

Veo, siento con pesadumbre y cólera ciudades de retaguardia ajenas, ajenas por completo, a pesar de sus aparatos de carteles y carteleros de propaganda, a la terrible verdad que nos circunda. Dentro de ellas apenas hay otras cosas que no sean carne de carnaval, fingimiento de problemas importantes, burocracia, problemillas, torpezas y mezquindades que hacen apretar los dientes y el alma. No puede ser. Hemos de acabar con ese disfrazado fascismo de orgías, de cobardes resentidos, de señoritos que no podían serlo y lo son en cuanto pueden. La austeridad y la hombría que impone la guerra a que nos han llevado los traidores extranjerizantes, los enemigos de España y su raza, exigen a gritos depuración y desinfección de las ciudades de la retaguardia.

No fue Miguel Hernández el único que escribió sobre ese ambiente especial que existía en la capital tras las trincheras. Un mundo en el que el espionaje, el quintacolumnismo y su represión —a los que no alude el poeta—, el tráfico de todos los servicios y mercancías más deseados en esos momentos eran las actividades más habituales y literarias, como muestra el que algunos de los escritores franquistas que dedican sus obras a la capital, como Tomás Borrás o Francisco Camba, recojan también esta realidad tan diferente de la que existía en las alambradas de la Ciudad Universitaria o de la Casa de Campo.

En ese Madrid que describían tanto el poeta orcelitano como los escritores citados, coincidían todos los personajes de este libro, cada uno de ellos de vida, procedencia y ocupaciones diferentes, pero todos ellos determinados por la guerra; y a su vez relacionados con otros muchos otros que, si en estas páginas tienen una presencia secundaria, en esos días fueron protagonistas de primer orden. Entre los principales personajes de este libro, a veces con relaciones insólitas y coincidencias sorprendentes, hay que comenzar por señalar a Alfonso López de Letona, un modelo de vida torcida desde antes de la guerra a quien el conflicto convirtió en confidente, delator y cómplice de asesinato al servicio del bando contrario al suyo. Inseparable de López de Letona, al menos durante un tiempo, aparece Antonio Verardini

Díaz-Ferreti, otro tipo con una vida de novela, que está en el origen de lo sucedido a su amigo, ejemplo de estafador y golfo que con la guerra se convierte en destacado militante cenetista y agente de los servicios de información, participando en esos asuntos que suelen calificarse de oscuros.

Luego estaría uno de los principales protagonistas de ese mundo extraño que se desarrolla en la retaguardia madrileña, Alberto Castilla Olavarría. Una vida vulgar antes de que lo sucedido en ese mes de julio transformase todo en España, y al que las circunstancias llevaron al contraespionaje y al mercado negro. Su implicación tras renunciar a sus simpatías falangistas le convirtieron en agente provocador al servicio de la Policía política republicana y a participar en la desarticulación de uno de los grupos principales de la Quinta Columna, en las purgas de estalinistas en España, como fue el asunto del POUM y el asesinato de su líder, Andreu Nin. Muy próximo a Castilla Olavarría se encuentra Fernando Valentí Fernández, quien en unas semanas pasó de oficinista de simpatías republicanas a socialista y eficaz policía, pronto especializado en descubrir emboscados, lo que le llevarían al frente de la temida Brigada Especial que tan cerca estuvo de los agentes soviéticos. Un camino semejante al recorrido por Ángel Pedrero, el maestro socialista cercano a Indalecio Prieto que pasó de miembro de la tristemente famosa Brigada de Agapito García Atadell a jefe del SIM, el poderoso Servicio de Información Militar, en la zona centro, convirtiéndose en uno de los hombres más poderosos de la España republicana. Junto a ellos está el enigmático David Vázquez Baldominos, un policía profesional y militante socialista que estuvo al tanto de la guerra sucia contra la Quinta Columna y también contra anarquistas y trotskistas, reales o supuestos, que señalaban los agentes soviéticos con los que mantuvo estrechas relaciones, tanto que fue de los que organizaron la detención de Andreu Nin, el dirigente del POUM. Apenas una sombra que en la bibliografía y en los documentos habitualmente se cruza de manera discreta, y cuyo rastro se pierde al finalizar la guerra, pero al que, gracias a los documentos de los archivos, hemos podido poner el epílogo, o casi.

Cercana a Ángel Pedrero destaca la figura de Regina García, la extraña dirigente socialista que ostentaba cargos de responsabilidad en la propaganda republicana, al tiempo que mantenía relaciones con la Quinta Columna, y probablemente otras más personales ni más ni menos que con el propio Ángel Pedrero, el jefe del contraespionaje republicano. Su libro de posguerra *Yo he sido marxista*, una impúdica autocrítica que se hubiera justificado por las circunstancias, pero que resulta especialmente indigna al revelar su doble juego. Aunque no lo cuenta de forma expresa, García fue de aquellos que cambiaron de bando durante la propia guerra, hasta el extremo de que se la puede considerar una quintacolumnista más. Luego estaría Segundo Serrano Poncela, el joven y brillante teórico dirigente de las Juventudes Socialistas con inclinaciones literarias y de formación universitaria al que la guerra llevó con otros camaradas veinteañeros, como Santiago Carrillo o José Cazorla, que también se cruzan en este libro, a desempeñar cargos de la máxima responsabilidad en la Junta de Defensa de Madrid, en noviembre y diciembre de 1936, cuando tuvieron lugar las ejecuciones de Paracuellos y Torrejón. Luego, tendría una carrera académica y escribiría una importante obra literaria como ensayista y novelista, aunque lo sucedido, de lo que nunca habló, le persiguió toda su vida.

Otra vida de novela que aparece por este libro es la de Cándida del Castillo, después convertida en Isabel del Castillo, madre del novelista francés Michel del Castillo, que pasó de la cárcel a agente provocador del SIM con el nombre de «la Quinientos». Debió ser conocida en el Madrid de la guerra, pues Tomás Borrás, el escritor devenido en jonsista que había sido miembro de la ramoniana tertulia del café de Pombo, la incluye, al igual que a otros escritores, como personaje de su novela de posguerra y de militancia exaltada *Checas de Madrid*. Su vida anterior y posterior a la Guerra Civil, incluida su peripecia por la Francia ocupada por los alemanes, la contaría en *El incendio. Ideas y recuerdos*, una obra aparecida en los primeros cincuenta que generó una dura polémica pública con su hijo escritor. Todo en un ambiente muy modianesco, aunque a la española, antes de Patrick Modiano. Junto a ellos, aparecen otros actores, como un

personaje desconocido, propio de la vida cotidiana de la capital, FLH; así, sólo con siglas, pero cuya peripecia anónima es la propia de tantos otros compañeros de generación y ciudad que sufrieron la guerra; luego, Lorenzo Aguirre, el magnífico pintor y probo comisario de policía al que lo sucedido tras el levantamiento le llevó por caminos insospechados y que habría de pagar caro; y Francisco Cachero López, un oscuro personaje de efímero protagonismo como responsable del negocio de acogida de refugiados, previo pago, de una Embajada de Finlandia de la que él mismo se había convertido en titular. Par finalizar, habría que citar al siniestro Elviro Ferret o al referido Agapito García Atadell, los más acabados representantes gánsteres de la guerra y verdaderos antecedentes a la española de la Carlingue, la banda de la *rue* Lauriston que operó en París durante la Ocupación al servicio de la Gestapo, pero sobre todo al suyo propio.

Entre quienes acompañan a los protagonistas principales, se encuentran Manuel Salgado Moreira, el anarquista jefe de los Servicios Especiales del Ministerio de la Guerra; Eduardo Val, director del Comité Nacional de Defensa de la CNT; los quintacolumnistas Antonio Bouthelier y Abraham Vázquez Sáenz de Hermúa, el dirigente cenetista Cipriano Mera, los escritores Arturo Barea, Francisco Camba, Wenceslao Fernández Flórez o Jacinto Miquelarena, por citar a algunos de los que coinciden en el Madrid de los tremendos días de la Guerra Civil.

Entre todos ellos, aparecieron unos lazos, a veces sutiles y a veces estrechos, que nos llevan de uno a otro, y también de acontecimiento en acontecimiento. Unas relaciones que en ocasiones no son más que coincidencias azarosas, pero que crean una red, unos entrelazamientos en los que la casualidad, esa cosa tan literaria, está determinada por las circunstancias, por unos hechos de carácter tan intenso como suelen ser los desencadenados por la guerra. Es precisamente esta trama de vinculaciones entre los personajes y el contexto en el que se produce lo que da el tono de *quest* colectiva que creemos tiene el texto, siempre sin abandonar el relato histórico, pues como se verá en lo referido a ciertos asuntos y personajes se proporciona información de archivo inédita.

Son personajes con vidas de novela, muchas tan trágicas como intensas y todas determinadas por la guerra, que en su mayoría confirman que el heroísmo y la entrega son un bien escaso y que el deseo de sobrevivir y la codicia con frecuencia se imponen a cualquier principio. Algunas de estas vidas demuestran que la ambición que se desata en unos tiempos en los que la guerra era casi de exterminio, sin reglas ni distinciones, impulsada por una fe ciega en unos principios mesiánicos —como son los que enfrentaban la revolución y la contrarrevolución en el seno de la guerra civil europea abierta en 1914—, suele dar resultados tan parecidos como sangrientos. La mayoría de ellos son modelos de vidas extrañas que sólo era posible que existieran en la España republicana, pues en la zona franquista no había lugar para nada fuera del paredón o la adhesión inquebrantable. En la que ya muchos llamaban la nueva España, de las cárceles no se salía salvo para ir ante el pelotón de fusilamiento. No había, ni hubo, refugiados en embajadas, ni condenados puestos en libertad por colaboración con el enemigo tras ser juzgados por tribunales de justicia y cumplir meses de condena, ni tampoco hubo extraditados; ni siquiera se puede decir que hubiera mercado negro, pues los productos no escaseaban, ni apenas existía la vida oscura del hampa de guerra, pues la presencia de la Iglesia y el contenido más tradicional que fascista impusieron el triunfo de las buenas costumbres, por las que se velaba mediante una vigilancia celosa en las pequeñas ciudades de provincia, históricas y levíticas. Nada de eso hubo en la España franquista. Sólo existía la dureza de las leyes marciales, apoyadas en el entusiasmo de quienes, desde el fascismo y la reacción, que en España se solían confundir, jaleaban al ejército para que acabase con todo lo que se identificaba con la República, de ahí que apenas se dictasen otras sentencias que no fueran penas de muerte. La posguerra ya fue otra cosa, pues a cualquier régimen le resulta difícil zafarse de la influencia de la vida oscura que se esconde en las grandes ciudades, sobre todo en unos momentos en los que coinciden la clandestinidad de la oposición y de los agentes de los países en guerra, junto a una masa de refugiados y fugitivos procedentes de la Europa del Nuevo Orden hitleriano.